

pretensiones, encadena con una sola palabra la razon de la humanidad, y fijando los atributos del orador sagrado, dió por teatro á la elocuencia religiosa cuanto el mundo contiene de polo á polo, y por oyentes á sus ministros todas las generaciones, y por duracion al imperio de la palabra divina todos los siglos. *Itē in univērsū mundū, predicatē evangelium omni creaturā. Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consumationem seculi.*

No pasaremos adelante, nuestro discurso debe tener un término, y en lo concierne á las relaciones de la elocuencia con la civilizacion y la filosofia, nos reducimos á lo dicho, para considerarla tambien como un reservatorio inmenso de cultura y de gloria para la inteligencia y el genio.

TERCERA PARTE.

Considerando ya bajo estos últimos aspectos la elocuencia sagrada, entrando en este cúmulo de relaciones que caen bajo el dominio del gusto y de la crítica, léjos de suscribir á la costumbre de aquellos que tienden siempre á reducir el teatro para engrandecer las dimensiones de su objeto, comenzaremos por confesar que la literatura tiene una comprension casi incalculable, pues que ella es la sociedad misma en el estado que presenta bajo todas las relaciones que el arte de hablar y de escribir tiene con los acontecimientos, las costumbres, las instituciones, la marcha progresiva de la civilizacion, los descubrimientos útiles y los adelantos científicos. Nada puede contener un pueblo en su historia que no venga á colocarse bajo el dominio de la lengua, ni en los altos reservatorios del genio y del talento hai puntos inaccesibles á la palabra, ú objetos colocados fuera de su dominio. Indice siempre fijo para el desarrollo de las facultades mentales, elemento interior para la fecundidad propia del pensamiento, vínculo externo que somete los espíritus á la lei de la sociedad, intérprete fiel del raciocinio, del sentimiento y de la imaginacion, órgano indispensable del historiador, del filósofo, del controversista, del orador, del humanista y del poeta, la palabra ejerce en la sociedad la re-

presentacion plena é ilimitada del pensamiento, como el pensamiento reasume todo el poder político, intelectual y moral de la especie humana. Pues bien, la palabra considerada en el conjunto de estos atributos, la palabra reasumiendo la sociedad entera en el pensamiento, en la circulacion y progreso de las ideas: he aquí la literatura. El rango que ocupa en la literatura la elocuencia sagrada: he aquí nuestra cuestion.

Dicho queda ya, que para nosotros la elocuencia sagrada se extiende tanto como la propagacion, defensa y aplicacion del pensamiento religioso, y corre por todas las instituciones del cristianismo. Enseñar, convencer y convertir; he aquí un triple objeto que ha colocado tambien una triple aureola sobre el genio de la elocuencia sagrada. Esta triple aureola se ha visto ya figurar en la candidatura del ministerio al considerar la elocuencia religiosa como una mision divina, y se ha hecho sensible en la moral, en la filosofia, en las costumbres y en las instituciones, estudiada solo como un elemento de civilizacion. Réstanos mostrarla en el teatro del buen gusto, y sostener su primacia incontestable ante el tribunal de la crítica. Visto es que nos desprendemos ya de su carácter sagrado y de sus relaciones filosóficas, y que vamos á observarla convertida en la idea que nos da la expresion genérica de *Literatura sagrada*.

Mas al pensar de esta manera, léjos de imaginar que tenemos de nuestra parte la uniformidad de las opiniones, escribimos en el concepto de no ser un punto convenido entre todos la primacia de esta literatura sobre los muchos y diversos ramos con que en el mismo género se encuentra relacionada. Hai quienes la juzguen desprovista de recursos propios para ostentarse con toda la pompa de la expresion y con todas las galas del estilo: hai, al contrario, quienes la exageren tanto, que proscriban las relaciones históricas y filosóficas en que se encuentra con los otros géneros del buen decir que hallamos en la planta de la literatura profana: hai, por último, quienes exaltando mas de lo que es debido la elocuencia tribunicia, forense y demostrativa de los antiguos, bien así como á sus historiadores y poetas, se muestran siempre difíciles para suscribir á la experiencia de los sentimientos y de la crítica en el paralelo grandioso de ambas literaturas. Es nuestro ánimo considerar la cuestion bajo estos tres aspectos, manifestando en primer lugar la suficiencia omnimoda de su fondo propio; en segundo lugar, su reciprocidad extrínseca de bellezas con la literatura profana; en tercer lugar, su primacia histórica, su influencia sobre el lengua-

je, la elocuencia parlamentaria y la poesía en los tiempos modernos; en cuarto y último, su incontestable primacía sobre la literatura profana de los antiguos.

I.

El fondo de la literatura sagrada se halla todo en sus libros, en sus tradiciones, en sus monumentos, en sus caracteres, bien así como su forma en su natural colorido, en sus imágenes propias, en su belleza original. La literatura profana es también monumental, histórica, artística y poética; es decir, que metafísicamente hablando, supone como todo materia y forma propia que vengan á refundirse, como en tres primitivos elementos, en los hechos, las relaciones y las leyes. Pero, ¿hasta dónde se extiende el fondo de la literatura sagrada? ¿hasta qué punto se franquea en los diversos géneros que comprende á las creaciones del genio, á las producciones del talento, á todos los usos de la palabra? He aquí lo que nos importa observar para concebir clara y exactamente la fecundidad inagotable de su fondo.

Comenzando por los libros, probemos lo que sería la literatura sin la Biblia bajo cualquier aspecto que la cuestión se toque. “Sin ella, dice un célebre escritor de nuestros tiempos, la historia del hombre y la del mundo estarían envueltas en velos impenetrables, las leyes de la moral carecerían de fundamento y certidumbre, y la sociedad por cierto que no conocería ni su origen, ni su fin, ni su destino.”¹ ¿Y con ella qué ha sido? Para expresarlo, sería preciso tal vez retroceder hasta la cuna del género humano, y venir desde allá, digámoslo así, mirando á diestra y á siniestra cuanto la tradición conserva, la historia narra y el universo admira. Este libro enseña, define y explica la creación, disipa la noche de lo pasado, para que podamos presenciar el nacimiento de la naturaleza, y plantando una antorcha profética en el primer eslabon de los tiempos, baña de esplendor la carrera futura de los siglos, y alumbrá de antemano la eternidad que ha de seguir á la última catástrofe del universo. Historia, filosofía, ciencias, artes, costumbres, instituciones, vicisitudes, descubrimientos, marcha, en suma, de la inteligencia y del corazón; todo quedó complicado en las páginas de este libro, y á él han convertido, convierten y convertirán sus miradas

¹ Genoudé. Leçons et modèles de Littérature sacrée. Preface.

cuantos favorecidos por la inspiración, guiados por el juicio ó informados por la sabiduría, han explotado, en pro de la verdad y la virtud, del desarrollo de la razón, del progreso de los conocimientos humanos, de la mejora de las costumbres, extirpación de la barbarie, incremento de la civilización y bien positivo de la sociedad, ese pensamiento grande y eterno que la comprende en sus elementos, en su acción, en su objeto y en sus doctrinas.

De hecho, ese libro figura en todos los libros: combatido ó acatado, imitado sin citarse, ó aprovechado francamente por el genio y el talento, le vemos en todas partes dominante como Dios, triunfante como la verdad, admirable como la virtud, necesario como la felicidad misma.

¿Qué puede tratar la elocuencia que salga de los términos del hombre, de la naturaleza y de su Divino Autor? Pues bien, Chateaubriand ha dicho: “El hombre es el pensamiento manifestado de Dios, y el universo es su imaginación hecha sensible.”¹ ¿Y á nosotros qué nos queda que decir? Que la Biblia es el repertorio monumental, histórico, filosófico, religioso y poético de Dios, del hombre y de la naturaleza. Vemos nosotros en este libro un símbolo esparcido en las tradiciones de todos los pueblos, si bien como una semilla marchita cuando se desprende de su principio de animación, quedando al grado de los elementos, tirada, por decirlo así, en desiertos infecundos. ¿Tal le sorprendemos en toda la antigüedad gentil! ¿tantas analogías degeneradas se nos muestran hasta en el fondo mismo de la literatura pagana!

Nada tenemos que decir sobre la sociedad en los tiempos modernos; pues á pesar de los filósofos, perdurablemente ocupados en buscar el hilo fuera del sendero, ella es toda bíblica como su literatura.

El autor que acabamos de citar, ha escrito una obra de primer orden solo para probar esto, *el Genio del cristianismo*: he aquí una de las mejores pruebas que pudiéramos dar. El insigne Bálmes publicó, no ha mucho, la mas gigantesca de sus producciones, *el Protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización moderna*: he aquí la segunda prueba que exhibimos de nuestra asercion. El célebre Genoudé colocó al frente de su bellísima colec-

¹ Genio del cristianismo, tom. 1.º, part. 1.ª, lib. V, cap. II. “Véase el concepto teológico que sobre este pensamiento de Chateaubriand hemos formado en nuestra “Exposición histórica, filosófica, dogmática y moral de la doctrina católica.” Parte primera, libro segundo, art. 3.º “cap. 1.º”

cion de *Lecciones y modelos de literatura sagrada* un prefacio tan culto como filosófico y sabio, para inculcar la misma verdad: he aquí nuestra tercera prueba. También pudiéramos transcribir aquí, no sin particular gusto, algunas bellas páginas de Raymond,¹ Nicolas² y Lacordaire,³ que á diferentes propósitos desarrollan las propias ideas con todos los encantos del estilo. Pero nos haríamos interminables empeñándonos ya en las citas de las obras esclarecidas, y por lo mismo concluirémos este punto con algunas breves reflexiones.

Primera: la suficiencia de que tratamos, es vista únicamente bajo el aspecto que puede dar el fondo, y prescindiendo absolutamente de las formas, y las galas y el estilo. El fondo abraza tres grandes objetos; Dios, el hombre y el universo: estos grandes objetos han dado el nacimiento á la historia, á la filosofía y á la legislación. Estas tres grandes claves de los conocimientos humanos, complicando los intereses, las pasiones y hasta los placeres mismos en favor de la moral, han hecho nacer las formas, los estudios de sentimiento y fantasía, creado la elocuencia, inspirado la poesía y hecho aparecer las bellas artes. Todo está relacionado pues con aquellos tres puntos cardinales, como los efectos ocasionados con sus causas, y por lo mismo, demostrada la suficiencia del fondo en lo que podemos llamar fundamental, visto es que toda demostracion ulterior se reducirá cuando mucho á la extension filosófica de una simple consecuencia. Permítasenos ahora fijar la atencion en la Biblia, los padres de la Iglesia, los controversistas, los oradores y los poetas católicos, y estamos seguros de hallar de acuerdo á todo el mundo sobre la incontestable suficiencia que, sin salir de su fondo privativo, tiene la literatura sagrada para cubrir todas las necesidades de la imaginacion, del sentimiento y de la razon en las obras maestras de la elocuencia y de la poesía.

Mira nuestra segunda observacion á la palabra. Si ella es, para servirnos de esta frase, la aritmética convenida para reducir á número fijo todas las riquezas literarias de los individuos y de las naciones, observaremos desde luego, que la literatura sagrada no divide con nadie su dominio exclusivo en la parte histórica de esta cuestion. Los diversos sistemas filosóficos que han ido apareciendo de siglo en siglo sobre el origen y progresos del lenguaje y de la escritura, se-

1 Del catolicismo en las sociedades modernas considerado en sus relaciones con las necesidades del siglo XIX.

2 Etudes philosophiques sur le christianisme.

3 Sermones predicados en Nuestra Señora de París.

rian hoy estériles en lo absoluto, si no se probasen dos cosas: primero, la omnimoda insuficiencia de la filosofía para decidir por sí estas cuestiones fundamentales y resolver definitivamente el problema de las lenguas, y en segundo lugar, el incontestable poder de la historia santa y de las tradiciones católicas, para fijar con exactitud el origen de las lenguas y gobernar la marcha de la investigacion acerca de sus progresos.

Considerado este punto en sus relaciones con la filosofía y como una necesidad indispensable para expresar el pensamiento, bástanos advertir que no hai un solo género de literatura en que la elocuencia sagrada no esté abastecida. El cristianismo ha hecho dos cosas con la palabra; salvar del olvido y de la impostura las lenguas muertas y sábias de la antigüedad, y reasumir en su lenguaje toda la sociedad moderna. Despues de esto, no vemos lo que pudiera desearse.

Pero qué! ;á tanto llega la suficiencia de esta literatura, que haya de levantarse un valladar, digámoslo así, entre la Iglesia y el siglo, para no volver nunca nuestros ojos á los monumentos de la antigüedad profana! No: todo está relacionado en el mundo literario, como en el mundo moral y político, y llamando esta cuestion al vasto sistema de las influencias puramente extrínsecas, jamas el talento y el genio del orador sagrado podrán pronunciar el *hasta aquí* del estudio comparativo de ambas literaturas.

II.

Elevado es, cuanto mas no puede serlo, el rango de la literatura sagrada, si ateniéndonos á su fondo consideramos únicamente el origen de los pensamientos que fecundan el talento del orador y del poeta. Sábese que hai una línea que divide ambas literaturas, y esta línea, tirada por decirlo así de la tierra al cielo, las ha colocado á entrambas á distancias inmensas, tratándose de su principio y de su fin. Mas el principio celestial y divino que anima y sostiene en el género sagrado las obras maestras de la elocuencia y de la poesía, no cambió los atributos ni destruyó las condiciones propias ni alteró tampoco las relaciones genuinas de la naturaleza, y he aquí porqué ambas literaturas vienen á reunirse, como en un centro comun, en el vasto sistema de los medios de enseñanza, convencimiento y persuasion, formulados, como todo el mundo sabe, en las cualidades natu-

rales del hombre, en la razon, el sentimiento y las pasiones, que siempre han de afectarse segun las mismas leyes, aunque no en un mismo sentido. El cultivo pues de todas aquellas artes y ciencias que tienen por objeto formar al orador en el órden de la naturaleza, para que dilate los conocimientos, haga triunfar las verdades y mejore las costumbres, son una especie de confederacion acordada en que ambas literaturas viven bajo un mismo sistema de leyes.

Estas leyes miran al raciocinio, á la imaginacion, al sentimiento y al estilo. Sean cuales fueren las modificaciones y vicisitudes de la especie humana, la naturaleza no varía en sus elementos, ni en los medios que determinan é impulsan su accion: ántes de moverla, puede establecerse una proporcion geométrica entre la accion oratoria ó poética, y el resultado moral. Por eso la elocuencia y la poesía tienen sus leyes, como el mundo físico y el mundo moral.

Cada uno de estos órdenes tiene sus bellezas propias: la razon gusta de encadenarse en esas tiradas diestras de principios y consecuencias lógicas que un talento preciso y claro sabe lanzar al entendimiento: por esto Demóstenes y Bourdaloue tienen sus puntos de contacto y su rango propio, debido principalmente al irresistible poder de su dialéctica. Gustamos ver la naturaleza reflejada en la imaginacion por el feliz empleo del colorido y la forma; y dejando en su lugar los significados históricos y los objetos, las leyes de la belleza colocan en cierto paralelismo las obras mitológicas y las cristianas, para valernos aquí de los últimos extremos. Admiramos el movimiento dramático de una imágen bien formada en la pintura que San Ambrosio nos hace del crimen ejecutado por Herodes en la cabeza del Bautista, como vemos estremecerse las paredes del senado, ó á Marco Antonio fastidiar con su afeminacion, ó animarse contra el crimen hasta los mismos tímulos albanos bajo el pincel inimitable de M. Tullio. Nos roba los éxtasis una pluma que cae de los dedos de César á la voz del defensor de Ligario, como un pueblo numeroso que se agolpa al púlpito de una Iglesia para librarse de los horrores del juicio final, enérgicamente pintado por el incomparable Massillon. Si nos mostramos dóciles á la inspiracion de Bossuet, para admirar *genios llorando al rededor de un sepulcro, y columnas soberbias que parecen querer llevar hasta los cielos el magnífico testimonio de nuestra nada*, tambien pagamos el debido tributo al *honor, la dignidad, el rango, la nobleza* de un pueblo que *parece salir de sus quicios* para conducir sobre sus hombros, en la persona de Ciceron, al ilustre proscrito, al

padre de la patria. La crítica del gusto establecerá sus diferencias; pero la admiracion presenciará con el mismo entusiasmo el sueño de Eneas y el sueño de Atalía. Salvas las diferencias de las creencias y del género, colocamos entre los placeres de la imaginacion y del sentimiento la ilustre, vasta y deplorable fecundidad del viejo Priamo, un *antigua laurel* cubriendo con su sombra la familia y los penates, un Simois trasplantado á la ribera de Sicilia por la imaginacion del proscrito, el amor maternal produciendo una especie de resurreccion con sus recuerdos á la vista de Ascanio, y la imágen de Euridice, ó Creusa llenando los desiertos con los sentidos ecos de Orfeo ó del príncipe troiano; y hacemos esto con un transporte semejante al que nos produce el ángel del Señor arrojando del Paraiso á toda la humanidad en la persona de sus primeros moradores; el sepulcro levantándose, á la vista del moribundo que va á caer en los brazos del Dios vivo, como el sublime pórtico de otro mundo mas bello; las memorias de Jerusalem trasplantando las maravillas de la redencion á los fecundos genios de Klopstock y Lamartine, ó el *Juicio* y la *Transfiguracion* rindiendo á los piés de Miguel Angel y Rafael el arrobamiento de mil viajeros ilustres, para que Fidias y Praxitéles no consiguiesen monopolizar los derechos de las bellas artes.

Nos haríamos interminables, si quisiésemos hacer aproximaciones para justificar la exactitud y verdad con que hemos establecido esa reciprocidad extrínseca de bellezas que nos presentan en su cuadro comparativo ambas literaturas. Léjos pues de levantar ningun valladar entre una y otra, quisiéramos ver siempre los frutos sociales, por explicarnos así, de esa comunidad en que viven relativamente al raciocinio, á la imaginacion, al sentimiento y al estilo, cuando pasamos nuestra vista por las producciones de los oradores y de los poetas. Si sorprendemos á Demóstenes en los Crisóstomos, á Tullio en los Agustinos, á Tácito en los Bossuet, á Homero en Fenelon, á Lucrecio en Polignac, su ilustre vanceedor, á Píndaro en D. Fernando de Herrera, á Tibulo y Propertio en Villégas, á Horacio en D. Francisco de Rioja, y hasta en nuestros himnos sagrados; no sabemos con qué pudieran excusarse de manejar estos modelos perdurables de perfeccion de estilo aquellos que consagran su talento á cualquiera de los ramos de la literatura sagrada; ni qué pudiera justificar tampoco ese orgulloso y rústico desden con que algunos escritores á la moda ven ó afectan mirar los dechados perfectísimos que con tanto provecho han estudiado en las obras del talento y del genio inspirados por la religion aun

los mismos que se limitan al género profano. *Alegróse sobremanera Heródes de ver á Jesus... por las muchas cosas que habia oido decir de él, y esperaba presenciar uno de sus milagros,*¹ como Voltaire tenia sobre su bufete la *pequeña cuaresma* de Massillon, para recrearse en sus ocios con las bellezas oratorias de tan insigne maestro. La suerte del magistrado gentil y del filósofo incrédulo pusieron á clara luz su curiosidad sacrilega; mas los hechos han quedado en pié para justificar en cualquiera género, que la virtud, el talento y el genio tienen derechos incontestables aun entre sus mismos enemigos. ¿Qué dirémos, cuando escribiendo en los tiempos modernos, estamos en el caso de llamar la crítica al exámen de una importante cuestion, la de la prioridad histórica, filosófica y filológica de la literatura sagrada sobre la literatura profana!

III.

Si quisiéramos llevar nuestras investigaciones históricas hasta la infancia del espíritu humano, no seria difícil tal vez traer desde el pensamiento divino los primeros arranques del genio, é inocular en la revelacion verbal ó escrita, digámoslo así, los comunes orígenes de ambas literaturas. Muchas luces nos darian los restos mutilados de la lei natural, esas oscuras tradiciones de Babel, esa filología histórica, esa mitología pagana, esa divinacion filosófica que han pretendido descubrir los inteligentes en el talento de Pitágoras, Sócrates y Platon; aquellas iniciaciones egipcias, aquellas sombras que encubrian misteriosamente los talleres de la impostura en los clubs del sacerdocio gentilico; para descubrir en todo y por todo, haciendo el particular estudio de la literatura pagana, un sello desfigurado de la Biblia y de las tradiciones judías, como el anticuario al explotar para la historia los medallones gastados, las desfiguradas estatuas, los ya casi borrados vestigios de los antiguos usos bajo los subterráneos inmensos de Herculano y de Pompeya. Mas no pudiendo resistir al espíritu de nuestra época, tan inflexible contra estas especulaciones remotas, y tan severa en ese código que ha impuesto á todos los escritores la lei de lo *positivo*, nos reducirémos aquí á los tiempos modernos, para demostrar que la literatura sagrada tiene sobre la profana una primacía

¹ Luc., cap. XXIII, v. 11.

total, atendido por supuesto el pensamiento que domina en todos los ramos de la palabra, tratándose de nuestra Era. Considerémos pues la cuestion en sus relaciones históricas, oratorias y poéticas, y examinémos en seguida para concluir, esta refusion social de la moral religiosa y de la filosofía política en la elocucion moderna.

Si las lenguas constituyen el resúmen de las ideas, de los conocimientos, y por tanto, de la literatura de un pueblo, el influjo del cristianismo en la sociedad moderna nos da bastante apoyo para reconocer igualmente su primado en la literatura. Manifiéstase este primado en cualquiera sentido que se busque, ya recorramos la historia de los idiomas modernos, ya indagemos el origen del carácter nuevo que presenta la elocucion parlamentaria, ya vengamos por último á considerar esa trasformacion sublime que ha recibido la poesia bajo la accion del genio inspirado por la fe.

El influjo de la literatura sagrada sobre el lenguaje se hace mas que visible principalmente en dos cosas, en el órden moral y religioso considerados en sus relaciones con el arte de la palabra. El catolicismo ha dado á los tiempos modernos un dialecto moral y religioso que no heredaron de los tiempos antiguos, y extendiendo el dominio de la palabra en la misma proporcion con que ha dilatado el horizonte de la imaginacion y del sentimiento, ha reformado; es poco, ha creado la filosofía de las lenguas, que ántes parecia desfallecer en las heladas fórmulas de las escuelas antiguas.

Llámanse á la revision la ideología de las palabras en el órden religioso, moral y aun político; tráiganse al paralelo en los mismos géneros todos los idiomas antiguos; ¿qué trasformacion tan maravillosa! Sábese mui bien, que no escaseaban en los vocabularios griegos y romanos las muchas voces archivadas hoi en las bibliotecas católicas; pero sus atributos morales y religiosos han cambiado. En los tiempos antiguos las lenguas tenían aprisionadas las ideas, por decirlo así; mas el cristianismo ha producido en los tiempos modernos un fenómeno único en la historia, el de las ideas católicas haciendo la conquista de la palabra gentilica, trayéndola primero á una brillante esclavitud, para sacarla despues de entre los escombros de las sociedades antiguas á dominar como reina sobre los mas cultos idiomas de nuestra Era. Llámanse lenguas muertas las que habian servido de intérpretes á las inspiraciones sublimes y tiernas de Homero y de Virgilio. Pero, muertas para el siglo, han recibido en la Iglesia, con la vida de la religion, el rango de los dogmas y la inmortalidad de la fe. No podian quedar en el sepulcro las lenguas

que hablaron los padres de la Iglesia; nunca pueden perder su esplendor esos idiomas que abren y cierran la marcha de las escuelas católicas. El cambio ideológico de las lenguas antiguas probará, si se quiere, que los antiguos no sabían lo que hablaban; mas en honor de tan esclarecidos ingenios, resolvámonos mejor á decir, que ellas cambiaron de atributo bajo la acción restauradora del cristianismo; y no se considere humillada la literatura profana con ocupar el segundo rango en la gerarquía histórica de la palabra moderna.

¿Qué diremos de la elocuencia parlamentaria? Girando en una atmósfera mas tranquila, por decirlo así, pasea su vuelo por una region mas clara; y si ya no puede luchar pecho á pecho contra las pasiones indómitas, es porque ha sorprendido el secreto de encadenarlas entre la verdad y la lei. Entre los antiguos la lei parecia salir del orador á las turbas, y al contrario; entre los modernos es una deidad que reina sin contradicción sobre los oradores y los pueblos. Despojando á las pasiones de su terrible derecho de defenderse por sí mismas, ha garantido la virtud, que en los antiguos debates del foro y la tribuna quedaba estropeada cuando ménos en el conflicto de los sentimientos, ó encubierta bajo el impostor colorido de una imaginación extraviada. Nuestros oradores modernos han ganado en la lógica cuanto han perdido en la fantasía, y siendo ménos vehementes, son mas estrechos, mas irresistibles; sus triunfos son mas duraderos y mas universales. Las pasiones dominantes en la tribuna ó en el foro probarán siempre, por mucho que se diga, el atraso de la civilización, la esterilidad de la filosofía, la escasez de la moral, y sobre todo, la imperfección de las leyes: son los agentes de los sentidos, mientras la demostración representa los atributos del espíritu, y figura como el ministro de la verdad. Mas para formular la elocuencia parlamentaria en la verdad y en la lei, era preciso rendir las masas á la fe y á la civilización; era preciso formular los códigos de las naciones en una voluntad superior á todos ellos, contar con un idioma universal que pudiese de acuerdo sobre los fundamentos de la legislación á todos los pueblos de la tierra. He aquí el catolicismo creando y ennobleciendo la elocuencia parlamentaria de la sociedad moderna. Podríamos hablar de los concilios estableciendo en cada sociedad una discusión metódica que no conocieron los antiguos; mas pasamos por alto estas consideraciones, para no discurrir en especie sobre los sistemas varios en que se ha venido formulando esta unidad oratoria de las tribunas profanas. La idea religiosa y la política se han refundido en la moral de los go-

biernos, en las costumbres de las naciones, en el derecho internacional de los Estados, en la marcha gradual y progresiva de la civilización, y en la inmensa economía de todos los pueblos donde ha podido penetrar la luz del cristianismo.

¿Qué diremos de la poesía? Debe á la literatura sagrada cuatro eminentes atributos que la encumbran á una region muy alta respecto de los antiguos. Pero sin querer, nos encontramos ya en la última de nuestras cuestiones, que reduciremos á este solo punto, para no repetirnos, como seria indispensable si nos propusiésemos extender la comparación hasta la elocuencia, ó divagar la idea por el teatro de la didáctica, de la filosofía, de la historia y de todos los otros ramos que en un sentido lato se comprenden bajo el nombre genérico de *literatura*.

IV.

Influye pues la literatura sagrada sobre la poesía profana, como acabamos de insinuar, dándola primero mas verdad; segundo, mayor inspiración; tercero, mas dignidad y nobleza; cuarto y último, mayor universalidad.

En defecto de la verdad, los poetas antiguos tenían que apelar á la verosimilitud; pero esta quedó hundida entre los escombros de la mitología. Como esos bellos cuadros que adornan los museos de la Europa, la mayor parte de las producciones de la antigüedad poética viven por el colorido y la forma; mas nunca saldrán del sepulcro en que las hubo puesto la muerte de su verosimilitud. Lo maravilloso, este resorte que manejaban con tanto primor los poetas épicos, líricos y dramáticos, acabó ya para la inteligencia de nuestros siglos modernos, quedando sustituido con nuestros misterios religiosos, que dan á la inspiración los velos sublimes de la fe, al interés los arranques atrevidos de la esperanza, y á los sentimientos los inflamados ecos del amor divino.

Dios, el hombre y la naturaleza; he aquí el asunto universal de toda literatura, y por consiguiente, el fondo de la poesía. Dios, como le representaba la mitología pagana, era la personificación del error y la impostura en la metafísica y en la teología. El hombre no se conocía á sí mismo; tampoco era pues conocido del hombre. Cegada estaba la fuente de los conocimientos, perdida en todo la filiación de las virtudes: los caracteres eran tan confusos, como los ele-

mentos morales de la sociedad. En cuanto á la naturaleza, parecia padecer un eclipse continuo, aunque no total. Trayendo á sus bosques, á sus mares, á sus rios, distribuyendo entre los astros mil deidades caprichosas, retiraron de la creacion ese pensamiento visible que se revela en su conjunto sublime, ese agente misterioso que se anuncia con tanta elevacion y belleza en su inagotable fecundidad. Pero sobre todo ¿qué multitud de errores acerca de los fenómenos, acerca de los objetos, acerca del pasado y del porvenir del mundo físico! El caos habia vuelto á cubrir para la inteligencia lo que el hecho estaba presentando de continuo á los sentidos. He aquí el fondo de la poesía pagana. Como no se habia perdido enteramente la luz, sorprendemos aun varios aspectos de la verdad en las pinturas, en los movimientos y en las inspiraciones morales; y nótese que la poesía lírica no pudo salir de la esfera de lo puramente exterior, ó de las pasiones desfogadas, sino hasta que el amigo de Mecénas, la presentó en el teatro, digámoslo así, inspirada por la filosofía, como el cantor de Troya destruida reasumió en cuatro versos de su Eneida, la revolucion artística que habian hecho las ciencias en los destinos de la poesía.¹

En vista de todo esto, fácil es concebir cómo la poesía antigua se resentia siempre de la falta de verdad consiguiénte á la de una revelacion incuestionable. Ella, como todas las artes, se afectaba de los progresos de las ciencias, seguia la marcha de la filosofía, y se incorporaba toda, porque esto era preciso, en el gran movimiento de la sociedad. El cristianismo, que sacó del caos á una nueva luz á toda la razon humana, que renovó por el aspecto de la inteligencia y de la moral toda la faz de la tierra, envolvió desde luego, como se percibe á primera vista, en tan inmensa revolucion á toda la literatura, y por consiguiénte á la poesía. Y como esta revolucion vino á consumarse y á reunirse, digámoslo así, en el triunfo de la verdad sobre el error, de la moral sobre los hábitos, y de la virtud sobre las ideas extraviadas de los pueblos gentiles, visto es que la poesía sagrada lleva sobre la profana de los antiguos las ventajas inmensas de la verdad y del hecho sobre los errores y las imposturas.

Si la inspiracion es el estro sublime que saca al hombre fuera de sí mismo, ese atrevido arranque del alma que sal-

¹ Léanse las primeras notas colocadas por Delille al fin del libro 1.º de la Eneida. En ellas se verá cómo, á pesar del grande interes con que contemplaba el poeta latino los sublimes poemas de Homero, su genio habia pagado ya todo el tributo al espíritu filosófico de su siglo.

vando los términos de mundo, se pierde en la inmensidad del espacio y del tiempo, esa tendencia del genio hácia lo misterioso, que le impele de continuo hasta los abismos insondables de lo infinito, ¿quién podrá desconocer su verdadera fuente en ese pensamiento divino y eterno que anima las producciones inmortales de la literatura sagrada? Nace la inspiracion en el silencio ó en el conflicto de las pasiones, en la soledad del genio, entre los dardos de la conciencia, ó á la vista del porvenir. La imaginacion, la sensibilidad, la inteligencia misma son y han sido fuentes de inspiracion: inspira la naturaleza con sus variados cuadros, el arte con sus magníficas obras, la felicidad con sus goces, la desgracia misma con sus penas, lo pasado con sus recuerdos, lo presente con sus obstáculos, el porvenir con sus tinieblas. Todo alumbra las vigiliás del genio, todo hiere las cuerdas del corazon, todo ilumina el horizonte vasto que recorre la fantasía; todo puede sacar de los elementos activos y permanentes del mundo físico, intelectual y moral esos bellos asuntos que no tienen dechado, y parecen resistir á la imitacion. La poesía es la gran metamórfosis del mundo y del hombre. Sale de entre los objetos mas familiares, visibles y comunes, para quedar sola y única en su esfera, como una entidad que viene por la primera vez á colocarse en el catálogo de los seres.

Infiérense de aquí dos consecuencias de primer orden: primera, la inspiracion tiene siempre una causa; segunda, la inspiracion sigue siempre la razon directa de todas sus causas productoras. No imaginéis que este primer timbre del genio sea hijo de la nada, ó produccion de la simple casualidad. Figuráos un pueblo de bárbaros colocado bajo el mas bello cielo, entre las riquezas de una naturaleza virgen, favorecido con todos los elementos físicos que den á sus habitantes una organizacion feliz perfectamente desarrollada; mas un pueblo que tenga lenguaje, sin poseer un idioma; que tenga pensamientos, sin poseer un sistema de ideas; que haya dejado atrás lo pasado, sin traerse consigo su historia: un pueblo con hábitos, pero sin costumbres; con actividad, pero sin direccion; con movimiento, pero sin aplomo; en fin, un pueblo de bárbaros; y es muy seguro que no veréis salir de allí ni una Iliada, ni una Eneida, ni una Jerusalem. Esto quiere decir que la inspiracion pártese siempre, como de una causa, de la inteligencia, de la sociedad y de la civilizacion. El estado pues de progreso y desarrollo que tenga la razon pública, el carácter científico de la sociedad y los grados que haya recorrido por último en la escala de la civilizacion, serán

siempre los datos aproximativos para valuar con exactitud la inspiracion de los oradores y de los poetas. No nos cansemos, tras de cada individuo está el invisible y misterioso genio que agita su alma. El talento del artista, para servirnos de la frase de Buffon, trasforma el toscó lienzo en una perspectiva encantada, anima el mármol y hace respirar el bronce." Las generaciones y los siglos vienen á recibir su postrimera localidad, su rango definitivo bajo la pluma de la historia. Habla el orador, y las pasiones vencidas caen á sus piés; pulsa el poeta su lira ó deja correr su canto, y desarma la barbarie, domesticando por ventura el corazon del salvaje que mora entre los bosques. Mas el pintor, el escultor, el artista, el historiador, el orador y el poeta no harian nada, seguro es, sin teatro, sin lenguaje, sin historia, sin religion, sin filosofía, sin elementos, sin sociedad, en suma. La inspiracion pasa por el hombre, mas nace siempre en la sociedad.

Calcúlese por aquí todo el vuelo que habrá recibido la inspiracion desde que han llegado á influir en el talento y en el genio, con los tesoros inagotables de la Biblia, estas fuentes perennes de verdad, de sentimiento, de belleza, de elevacion y de sublimidad; esos modelos eternos que han servido á la Sabiduría divina de conducto para inspirar á los hombres. Esto hizo decir á La Fontaine, que la Sabiduría divina ha emitido sus oráculos con mayor elevacion, majestad y fuerza que lo hicieron los Homeros y Virgilio.

¿Qué diremos de la dignidad y nobleza que ha recibido la poesía moderna con solo ponerse en contacto con las inspiraciones de nuestros poetas sagrados? Hable por nosotros uno de sus mas sabios y sensibles admiradores.

"La idea de un Dios único habia sido abolida en la Grecia, y esta idea, que no se habia conservado pura sino solo en las tribus de Israel, imprimió sobre nuestra poesía sagrada, no solo un carácter mas filosófico y mas moral, sino tambien una grandeza infinita....."

"Cuando leemos en el Salmista, en Isaías, en Job y en todos los autores inspirados, las pinturas que hacen de Dios, de su gloria, de su bondad, de su poder, de su justicia; cuando nos abren el cielo, por decirlo así, para exponer á la mirada contemplativa de nuestro espíritu aquella luz increada, aquella perfeccion infinita, aquella sabiduría eterna, sentimos entónces, mas bien que la admiracion, un cierto religioso terror; adoramos mas bien que aplaudimos. Abrase la Iliada en un momento semejante, y desde luego se verá cómo aquel Júpiter de la Grecia que con solo un sobrecejo suyo hacia

temblar el Olimpo, parece muy apénas una débil sombra de Jehová."

"Mas no solamente Dios sino el hombre y la naturaleza toda aparecen en la Biblia revestidos de una gracia nunca vista, de una hermosura nueva.... Comparad al hombre de la Biblia, aun despues de su caída, libre y señor absoluto entre las cadenas de la materia; comparad á esta criatura degradada es verdad, pero animada con un soplo divino y respirando siempre en el seno de Dios, comparadle con los dioses de Homero, y veréis cuánta ventaja les lleva en dignidad. La Escritura santa concede al hombre una parte de la naturaleza divina, mientras la Iliada comunica á los dioses todas las debilidades de la naturaleza humana...."

"El estilo de la Biblia tiene toda la hermosura de Virgilio y la majestad de Homero. El Verbo divino ha sabido revestirse de todas sus formas. Unas veces simple y atractivo como en Ruth, este modelo de la égloga que tanto nos enagena; otras grave y profundo como en Job; ya pomposo, esplendente y sublime como en los cánticos; ya por último amenzador y terrible como en el profeta Isaías, el Espíritu Santo conoce todos los caminos para llegar al corazon humano, para moverle, enternecerle y sacarle fuera de las esferas en que se agita, hácia esas regiones que no son conocidas sino solo de Dios."¹

"Jamás Homero, dice Fenelon, ha podido elevarse á la sublimidad de Moises en sus cánticos.... Jamás Homero ni otro poeta alguno han podido igualarse á Isaías cuando pinta la majestad de Dios, á cuyos ojos no son los imperios sino un grano de polvo, ni el universo es mas que una tienda que se coloca hoi para levantarse mañana.... ¿Qué hai en toda la antigüedad comparable á ese tierno Jeremías deplorando los males de su pueblo, ó á Nahum viendo en espíritu y desde léjos sucumbir á la soberbia Ninive bajo los esfuerzos de un ejército innumerable! Creemos ver este ejército, oir el ruido de los carros: todo está pintado aquí de una manera tan viva, que subyuga la imaginacion. El Profeta deja á Homero muy atrás de sí. Leed á Daniel denunciando á Baltazar la venganza de Dios que va á caer toda sobre su cabeza, y buscad en los originales mas sublimes de la antigüedad alguna cosa que pueda compararse con esto. En suma, en la Escritura todo se sostiene; todo guarda en ella el carácter que debe tener: la historia, el pormenor de las leyes, las descripciones, los pasajes vehementes, los misterios, los dis-

¹ Genoude. Leçons et modèles de Littérature sacrée. Preface.

cursos de moral: en fin, hai tanta diferencia entre los poetas profanos y los profetas, como entre el verdadero y el falso entusiasmo. Los unos verdaderamente inspirados expresan sensiblemente alguna cosa divina; los otros, esforzándose por elevarse sobre sí mismos, dejan siempre entrever en ellos la debilidad humana.”¹

Las observaciones que acaban de leerse, poniendo en paralelo ambas literaturas, revestida cada una de todas las gracias y bellezas naturales que la son propias, sirven de apoyo á nuestro criterio para sostener con toda la firmeza de nuestra conviccion, que la poesía profana en los tiempos modernos ha debido su mayor dignidad, nobleza y elevacion á esa especie de comunidad ó íntimo comercio en que vive con la literatura sagrada. Los mas bellos cánticos de D. Fernando de Herrera, las mas primorosas pinturas morales del célebre Rioja, los toques mas delicados de los poetas descriptivos, esa filosofía profunda que recibimos por el oido con los concertados acentos de Moratin, Lista y Martínez de la Rosa, esos caracteres que han derramado tanto interes sobre los poemas del Dante, del Tasso y del Cisne de Cambrai; he aquí la obra de la poesía cristiana; he aquí el triunfo de la religion sobre la mitología, y, no hai para que sorprenderse, la superioridad incontestable que tiene sobre todos los pueblos antiguos, en sus relaciones con la poesía, la prodigiosa cultura de las sociedades modernas.

¿Será extraño, en vista de esto, que la literatura sagrada comunique tambien á la poesía ese carácter expansivo que no llegó á presentar nunca en toda la antigüedad poética? Se diria que la poesía no figuraba entónces como hija de los dioses, sino porque se desdenaba de vivir entre los hombres. Mas hoy que la idea, el sentimiento y toda la naturaleza humana, volviendo á su antiguo rango por la meditacion de Jesucristo, se halla en un comercio divino con los cielos; hoy que el hombre ha retocado en el Gólgota su antigua semejanza con Dios; hoy que la sabiduría es la herencia de los humildes, y que los dogmas y los misterios entran en la razon comun de todos los pueblos católicos; hoy que la riqueza poética de los salmos, las inspiraciones sublimes de los profetas, los cánticos augustos de la nueva Jerusalem andan por los oidos y por los labios de todo un mundo; ¿qué excusa pudiera tener la poesía profana, para recelar de vivir entre todas las clases de la sociedad? No ha recelado por cierto, y vulgarizándose, digámoslo así, ha dilatado prodigiosamente sus

1 Dialogues sur l'éloquence.

dominios, multiplicado sus admiradores y acrisolado su gloria. No se apellida ya hija de los dioses; mas nadie la disputa hoy el rango que tiene como pompa de la verdad, órgano del entusiasmo, vínculo de la civilizacion y compañera del siglo por donde pasa.

Siendo pues la Divinidad el centro de la poesía, como acaba de verse, jamas corresponderá mejor á sus destinos, que cuando se difunda entre el mundo físico y el mundo moral por todas las generaciones, como el eco de Dios, llenando la indefinida carrera de los siglos. Cumple á la poesía personificar en sus bellas imágenes y sublimes caracteres el idealismo de la perfeccion en todos géneros; y he aquí porqué, inspirada por la fe, por la esperanza y por el amor, ha venido á colocarse al lado de los pueblos, que repiten sus cánticos, abandonando aquellos retretes antiguos, donde aprisionada por la adulacion de una pequeña corte, dejaba de complicarse con el gran movimiento de la sociedad.

No temáis que la poesía se sienta humillada de marchar paralela con las ciencias, con la inteligencia y con la sociedad. Ella seguirá el movimiento de la religion, será como esta, “del siglo que ve pasar sin pasar ella nunca.”¹ Desprendiéndose de la mitología y sacudiendo los grillos que la habia puesto de más el clasicismo, tendrá un carácter mas positivo, un rango mas elevado, un influjo mas universal y un destino mas perdurable que en los siglos de oro de la Grecia y de Roma. “La poesía, dice Lamartine, será la razon cantada, será filosófica, religiosa, política, social será íntima, sobre todo, personal, meditativa y grave; será, no ya un juego de espíritu, un capricho melodioso del pensamiento ligero y superficial, sino el eco profundo, real y sincero de las mas elevadas concepciones de la inteligencia, de las mas profundas y misteriosas impresiones del alma.”²

He aquí porqué, bajo el influjo de ese pensamiento sagrado y eterno que ha dado á las sociedades modernas unos caracteres tan diversos de las antiguas, la poesía se apodera de todos los siglos, de todas las ideas, de todos los sentimientos, de todos los intereses, de las ciencias lo mismo que de las artes, de la política lo mismo que de la moral, y ha adquirido por tanto una extension ilimitada y una universalidad sorprendente.

1 Chateaubriand. Discurso pronunciado el año de 1829 en presencia del Cónclave.

2 Œuvres. Des destinées de la Poesie.

CONCLUSION.

Está dicho todo; mas hagamos, para concluir, una importante observacion. Nuestro principal objeto al escribir este opúsculo ha sido la elocuencia sagrada; y podrá parecer extraño por lo mismo, que nos hayamos detenido tanto en la poesía. Pero de intento lo hemos querido hacer así, pues por un privilegio, único al parecer en las prerogativas del genio, el orador sagrado explota directamente para su misión el minero inagotable de sublimidad y belleza que hemos admirado no ha mucho en la incomparable poesía de las Santas Escrituras. Hoi mismo en que todos los géneros de la palabra se invaden á cada paso bajo la libertad de nuestro siglo, no acabaria de hablar, sin atraer sobre sí los silbidos humillantes de las mas numerosas y cultas galerías, el orador de la tribuna política que se propusiese aprovechar la inspiracion de los poetas en favor de su asunto; mas en tanto el ministro del Evangelio rinde ante Dios, por la fuerza de su elocuencia, la inmensa multitud que le escucha, comentando los cantos de David, hablando con la suprema energía de los profetas, y dejando correr con la moral por los átrios de una basilica todos los ecos de la inspiracion y toda la pompa de la mas rica poesía. Por lo demas, tratamos aquí tan solo de presentar la elocuencia sagrada en sus relaciones con la belleza, con el estilo y con la gloria, y en ello hemos llevado la mira de retraer á los jóvenes oradores de esa mendicidad con que suelen ocurrir á las bibliotecas profanas en busca del colorido y la forma, hácia este repertorio inmenso de verdad, de sentimientos, de bellezas, de elevacion, de sublimidad y de estilo, con que les brinda en todos sus géneros la literatura sagrada.

¡Felices nosotros si llegamos á conseguirlo! Nuestros trabajos habrán recibido la mas bella recompensa. Pero si así no fuere, quedanos á lo ménos la conciencia de nuestra intencion, y el haber hecho alguna cosa en favor de la juventud que compone hoi la escuela de los futuros oradores eclesiásticos de nuestro pais.

ARENGAS

COMPUESTAS

POR EL AUTOR,

Y PRONUNCIADAS POR ALGUNOS ALUMNOS

DE LA CATEDRA

DE BELLA LITERATURA.